

# de Epicuro

Del jardín  
a los campos de pastoreo humano

## HUGO ENRIQUE SÁEZ

El gobierno de los Estados Unidos planea construir un muro en su frontera con México. El muro que trazará un dique de contención de inmigrantes entre este país y el de México, ¿es un muro bueno y el que los soviéticos erigieron en Berlín era malo? ¿No se celebró en 1989 el triunfo de la libertad cuando se derrumbaron uno a uno los ladrillos en Berlín, convertidos en trozos de cemento que luego se comercializaron como carísimo souvenir? Entonces, frente a situaciones similares ¿la libertad sólo se invoca en algunos discursos y se olvida en otros, principalmente si se esgrime el derecho a defenderse de invasores alien que penetrarían a un territorio considerado propio? Las paredes aíslan y la que en estos momentos se proyecta será la primera piedra de un cerco para dejar afuera a una población indeseable a los ojos de los propietarios más ricos.

La paranoia histórica no es privativa de los habitantes privilegiados de la gran potencia capitalista; sus aliados nativos mexicanos se protegen en Las Lomas y en el Pedregal con bardas similares pero a escala de mansión, obtenida por medios nunca esclarecidos. El sistema de reservas indígenas creado por la cultura cowboy se extiende más allá de las fronteras políticas del país del norte. Un nuevo tipo se agrega a los que Foucault denominó espacios de clausura: el campo de pastoreo para aquellos que no se les reconoce estatus de ciudadano. Que se queden en sus saqueados países a sobrevivir con las migajas que no quepan en la mesa de sus amos. Del mismo modo que los silvestres rancheros consideran legítimo matar un animal salvaje que los amenaza, la legislación aprobada en Estados Unidos reduce a la

categoría de criminal a los eventuales inmigrantes no documentados (eufemismo para designar a extranjeros indeseables).

Cierto autor de bestsellers escribió que en realidad Hitler había vencido en la segunda guerra mundial y con ello quería significar que los estados modernos se están convirtiendo paulatinamente en un aparato de exclusión y exterminio del humano diferente, mecanismo casi idéntico al del tan condenado Tercer Reich. Los sitios de encierro de los pobres se multiplican por doquier y se construyen literales campos de concentración tanto en Afganistán como en la base militar estadounidense de Guantánamo, mientras que los conservadores recalcitrantes del senado plantean en Washington la posibilidad de legalizar la tortura. Como afirma otro autor muy serio, el filósofo Agamben:

La decadencia de la democracia moderna y su progresiva convergencia con los estados totalitarios en las sociedades posdemocráticas y “espectaculares” (que empiezan a hacerse evidentes ya con Tocqueville y que han encontrado en los análisis de Debord su toque final) tienen, quizás, su raíz en la aporía que marca su inicio y la ciñe en secreta complicidad con su enemigo más empedernido. Nuestra política no conoce hoy ningún otro valor (y, en consecuencia, ningún otro desvalor) que la vida, y hasta que las contradicciones que ello implica no se resuelvan, nazismo y fascismo, que habían hecho de la decisión sobre la nuda vida el criterio político supremo, seguirán siendo desgraciadamente actuales.<sup>1</sup>

En otras palabras, el complejo entramado jurídico de las potencias mundiales ha ido estableciendo un virtual estado de excepción en el que los gobernantes tienen facultades para decidir la invasión de países insumisos (memento Austria y Polonia), establecer el espionaje de los propios ciudadanos (¿qué otra cosa hicieron las SS de Hitler?), emprender campañas mediáticas para repetir una mentira que termina convirtiéndose en verdad (Goebbels), torturar y encerrar a los “terroristas” (designación que se aplica a cualquier opositor, antes judío o



Javier Anzures

gitano). En suma, la excepción jurídica y política se convierte en regla. Y no se trata de un abstracto problema de lógica, sino que está en juego el futuro de la humanidad, ahora dividida en múltiples tribus que el poder clasifica para ejercerse con mayor comodidad. El proceso de planetarización tiende a la constitución de un estado mundial, y dos requisitos básicos para alcanzarlo son establecer el dominio de un territorio y la supeditación política de la población. La potencia unipolar de nuestros días se propone erigir su dominio sobre el planeta entero y con ese propósito al tiempo que organiza el espacio clasifica a la población.

Conviene recordar en este punto que en el transcurso de la historia mundial se han registrado numerosos proyectos para organizar la convivencia, no sólo el de la dudosa democracia ateniense que se reconoce como antecedente de la aún más dudosa plutocrática democracia de partidos. Tomás Moro elaboró su utopía y Vasco de Quiroga fundó los célebres pueblos hospital, tanto el de Santa Fe en la ciudad de México (convertido ahora en sede de los poderes millonarios más recalcitrantes) como el modesto asentamiento purépecha junto al lago de Pátzcuaro. En cambio, ninguno de los proyectos históricos se basó en una visión estética de la existencia, como sí ocurrió con el célebre (y a menudo distorsionado) jardín de Epicuro.

En el pequeño huerto la escuela de Epicuro proponía una convivencia serena basada en el amable trato y el cultivo de la amistad, buscaba la autosuficiencia respecto a la

polis, el rechazo a riquezas y poderes, la renuncia a la vida política, el encuentro con la naturaleza, madre, guía y protectora, con la sabiduría, anulando los prejuicios y las supersticiones, alejando el temor a la muerte. La moderación de una vida retirada se encendía como una luz generosa frente a la desolación, el miedo, la angustia y los vanos valores tradicionales; la vida como philía, que escasamente traducimos por amistad, frente a las guerras con su deseo ávido de botines, frente a la avaricia de los saqueos, frente a la crueldad de las matanzas; la débil verja del huerto epicúreo frente a las muchas murallas defensivas que poblaban Grecia.<sup>2</sup>

La extensa cita se justifica porque vale la pena describir un ideal de vida que logró una efímera concreción en Atenas entre los siglos IV y III antes de Cristo. Aun así, es importante subrayar que su concepción del placer como objetivo central de la existencia humana determinó que Epicuro y sus seguidores fueran denostados como promotores de la lujuria y del escándalo. En lugar del placer, la concepción judeo-cristiana entronizó la culpa como medio de control sobre los acólitos. El mundo actual se ha construido mediante la guerra y la rapiña económica, erigiendo murallas por doquier. Cabe aclarar que el placer es entendido por Epicuro como un estado de bienestar y no debe confundirse con una especie de desenfreno sin medida. Se trata de un estado natural frente al cual la renuncia a la sexualidad, la comida, y las situaciones de conciencia alterna se presenta como una mutilación inútil y cruel.

Estamos obligados a pensar caminos alternativos frente a la propuesta unidimensional de las instituciones económicas internacionales (FMI, BID, OCDE), caminos que merezcan ser transitados con felicidad. Nietzsche ya había identificado que la historia de la humanidad estaba dominada por dos figuras emblemáticas: el militar y el sacerdote. ¿Qué tal si volteamos la mirada hacia el goce estético del artista? ¿No es un modelo de vida más rico y libre? 🐣

<sup>1</sup> Giorgio Agamben (2003), Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida, Valencia, Pre-Textos, pág. 20.

<sup>2</sup> Carmen Fernández-Daza (editora) (1998), Máximas para una vida feliz. Epicuro, México, editorial Planeta, págs. XIV y XV.